



Fiesta de cañas en la plaza Mayor de Madrid

# LAS DIVERSIONES DE LOS MADRILEÑOS EN EL SIGLO DE ORO

M. Fátima DE LA FUENTE DEL MORAL

Doctora en Economía

Catedrática visitante de la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

Si en lugar de vivir en el Madrid del siglo XXI, lo hiciésemos en el del Siglo de Oro, y si en vez de ser nosotros, fuésemos extranjeros recién llegados a la ciudad, es muy posible que nuestra primera impresión quedara muy alejada de la realidad. Y es que, si analizamos el reinado de Felipe IV, comprendido entre 1621 y 1665, pronto nos daremos cuenta de que alguno de esos cuarenta y cuatro años solo tuvo cien días laborables.

Como el lector podrá imaginar, las diversiones de las que se podía disfrutar en tantos días festivos eran muchas y diversas. Bien fácil era, por tanto, que el alborozo con el que los madrileños festejaban, con exhuberancia, cualquier circunstancia digna de ello, provocase nuestra confusión y nos llevara a pensar que nos encontrábamos en un lugar próspero.

Hay que decir que la población de Madrid había crecido muy rápido en los siglos anteriores, pasando de veinte mil habitantes en 1560 a noventa mil en 1600. Y todos se mostraban dispuestos a divertirse. Además, se estima que tres mil trescientas personas vivían en las calles, siendo solo mil trescientas pobres de verdad. Los demás eran pícaros en busca de un modo de vida ocioso.



Iglesia de San Ginés

## La capital más sucia de toda Europa

En tales circunstancias, no quedaba mucho tiempo libre para adecentar la ciudad, que acabó siendo la capital más sucia de Europa. De hecho, en el siglo **xvi**, un miembro del séquito de Ana de Austria dijo que Madrid era «la más sucia y puerca de todas las de España... tanto que oís volar orinales y vaciar la porquería». Para luchar contra ello, las autoridades obligaron a que un carro de bueyes fuese aplastando, con una tabla, la basura de las calles. Además, estas eran tan estrechas que ya existían los atascos de tráfico. Por ello, se ordenó que los días de labor se circulase en carros tirados solo por dos caballos. Los que llevasen tres o más tiros quedaban reservados para los días de fiesta. De ahí procede el dicho: ir de tiros largos, empleado hoy cuando vamos vestidos de manera elegante, como si fuésemos *de fiesta*.

Pero hablemos, uno a uno, de los pasatiempos de los habitantes de la corte, que aprovechaban cualquier ocasión para celebrar lo que fuese. Así, las posibilidades de entretenimiento con que contaban eran muchas y se repartían a lo largo de toda la jornada. El día podía empezar con una misa en cualquiera de las iglesias de la ciudad, como San Ginés, San Nicolás o San Felipe el Real. De este último lugar eran conocidas sus gradas, donde se congregaba el pueblo para contarse chanzas y agudezas. De hecho, aparte de convento, era el más famoso mentidero madri-

leño. Tal y como hoy nos indica una placa colocada en el lugar donde se alzó, en muchas ocasiones, en él «nacieron las nuevas antes que los propios sucesos».

## El pueblo y las romerías

Y es que el fervor religioso de la España de los Austrias era un excelente asidero para los esparcimientos profanos. Así, el gusto del pueblo por las giras campestres se disfrazaba de cristiana devoción en las romerías ya que, el día de una determinada festividad, era obligatorio visitar la ermita del santo correspondiente.

Había romerías a lo largo de todo el año. Calderón de la Barca hablaba de ello, cuando decía: «Desde el Ángel a San Blas, desde el Trapillo a Santiago». El tres de febrero, día de San Blas, el pueblo marchaba a la ermita situada en el cerrillo donde hoy se alza el Observatorio Astronómico, frente a la estación de Atocha. San Blas era famoso por curar los males de garganta. Por ello, una copla decía: «Si a la ermita de San Blas / vas a coger la verbena / pedirás que la garganta / el santo te ponga buena». La *verbena* es una especie herbácea de igual nombre. Se recogía, la mañana previa a la romería, para adornarse con ella.

Pronto, la romería de San Blas sufrió una fuerte competencia por parte de la del Ángel de la Guarda, celebrada el uno de marzo. Su ermita se encontraba cerca de la Casa de Campo, en las afueras de la ciudad, lo que obligaba a acudir en coche. Esto ponía en aprietos a los galanes de recursos limitados, que buscaban impresionar a las damas con un elegante coche de alquiler. Ruiz de Alarcón nos habla de esto en sus versos: «Cuál llega al poblado coche / de angélica jerrarquía / y, siendo paje de día, / pasa por marqués de noche».

El veinticuatro de abril llegaba el día de San Marcos. Su romería era conocida como «la del trapillo» y, en ella, concurrían «los nobles, a ver el trapo, y los plebeyos, a orarlo». Y es que los romeros acudían vestidos con harapos, lo que llamaba la atención de las personas principales. Este hecho guarda relación con un dicho que usamos en la actualidad. Cuando afirmamos «voy de trapillo», para indicar un atuendo poco costoso, estamos haciendo alusión a esta romería.



Convento de San Felipe Neri



Observatorio Astronómico en el cerrillo de San Blas

Por último, el uno de mayo se celebraba Santiago el Verde. Su ermita se encontraba en un paraje denominado el Sotillo, situado entre la puerta de Toledo y el portillo de Embajadores. Había que tener especial cuidado con esta romería, ya que, en ella, eran habituales robos y disputas. Por si fuera poco, según Góngora, algunas de las mujeres que asistían no dejaban en buen lugar el honor de sus maridos. El poeta se refería a ello: «No vayas, Gil, al Sotillo / que yo sé / quien novio al Sotillo fue / y volvió hecho novillo».

Había tantas aventuras galantes en las romerías que hubo quien las llamó *ramerías*. La que, en este campo, se llevaba los honores era la de San Juan, festejada el veinticuatro de junio. Sobre ella, escribió el poeta Vargas: «Y juran, si son casadas, / regalar a sus maridos / una corona preciosa, / que acredite su ejercicio».

### Disfrutar de una buena mesa

Si no era día de romería, era posible entretenerse disfrutando de la comida en compañía. Es fácil percibir las diferencias que, en este campo, se daban entre el pueblo y los nobles. Mientras los primeros solían disfrutar de bebida y comida que adquirían en mesones, puestos y vendedores ambulantes, los nobles preferían agasajar a sus invitados con banquetes servidos en sus palacios. Muy del gusto del pueblo era el consumo de *aloja*, vino aguado con miel, jengibre, pimienta y clavo, o de *carraspada*, vino hervido con especias y azúcar. Por su parte, en las cocinas de los nobles se empleaban ingredientes como el agua de rosas y se preparaban platos sofisticados, como el llamado *cordero verde* o el *gigote de liebre*.

Por entonces, servir un chocolate caliente como bebida llegó a formar parte imprescindible del *agasajo*, ritual seguido en las meriendas que los nobles ofrecían a sus visitas. Solía acompañarse de bizcochos y otros dulces para mojar. Si la merienda se celebraba en invierno, lo normal era que se tomase al calor de los braseros, sobre los estrados de las salas de estar, entre almohadones y tapices. Si el chocolate protagonizaba una merienda veraniega, solía servirse junto a un búcaro de nieve. Dado que el chocolate se consumía muy espeso, las manchas que producía al derramarse eran de lo más molesto. Pero un día de 1640, a don Pedro Álvarez de Toledo y Leiva, virrey del Perú y primer marqués de Mancera, se le ocurrió una solución. Así, inventó un recipiente que consistía en una pequeña bandeja con abrazadera central, en la que quedaba sujeta la jícara, o pequeña vasija sin asa, en cuyo interior se vertía el chocolate. En honor a su inventor, la bandeja sería bautizada como *mancerina*. Dependiendo de la posición social que ocupase quien servía la merienda, las *mancerinas* podían ser de plata, de porcelana o de barro.

Quizá, uno de los banquetes más solemnes que se celebraba en el Madrid de Felipe IV era el que se servía en la Casa de la Panadería de la plaza Mayor, para la familia real, con motivo de un día de toros.

### Los madrileños y las corridas de toros

Al pensar en las diversiones del Madrid del siglo XVII, no debemos olvidar que la ciudad, sede de la corte, había recibido a muchos nobles, atraídos por la cercanía del rey. Estos caballeros querían mostrar sus dotes en simulacros de combates, transformados en juegos, como los torneos. En 1623 tuvo lugar un gran espectáculo de este tipo en



Casa de la Panadería

ellos era Pedro Vergel, al que no paraba de difamar con versos, diciendo que su esposa le era infiel. Un día, Vergel mató un toro con su alabarda. Villamediana tuvo fácil el tema de su siguiente composición: «El toro tuvo razón / en no osar acometer / pues mal pudo él oponer / dos cuernos contra un millón... / De otras formas te apercibe / toro, para tu defensa, / que a Vergel no hacen ofensa / cuernos, pues con ellos vive».

### Paseos en compañía

En ausencia de romería o toros, siempre se podía salir de paseo por las tardes. Los madrileños preferían, para ello, una zona de las afueras, en la que se acababa de hacer la primera división urbanística. Nos referimos al *Prado Viejo*, situado hoy en el eje que va de Atocha a Cibeles. Por su parte, se llamó *Prado Nuevo* al camino que hoy nos lleva desde Cibeles a la Biblioteca Nacional. Y es que la actividad callejera de Madrid era muy intensa.

### El teatro

No podemos dejar de referiremos al teatro del Siglo de Oro, que entusiasmaba al pueblo. Cuando un estreno se acercaba, se fijaban carteles, anunciándolo, en la hoy desaparecida puerta de Guadalajara. En ellos, solía sustituirse el nombre del autor por *un ingenio de esta corte*, para evitar que sus competidores hundiesen la representación con su dura crítica. Los madrileños se quejaban de esto, diciendo: «Vítor Don Juan de Alarcón / y el fraile de la Merced / por ensuciar la pared / y no por otra razón».

la plaza Mayor, con motivo de la visita del príncipe de Gales, que venía a concertar su boda con la hermana de Felipe IV. Pese a que nunca se celebró ese matrimonio, el evento fue grandioso. Aparte del torneo, se encendieron trescientas veinte luminarias. La pluma afilada del conde de Villamediana se quejó del derroche, denunciándolo de este modo: «Señores, yo me consumo / ¿Hay tan grande maravilla? / ¡Que haya gastado la villa / tres mil ducados en humo!»

Las fiestas caballerescas fueron el embrión de las corridas de toros, tan aclamadas por el pueblo que el día en que, en Madrid, había toros, casi nadie hacía nada. Ruiz de Alarcón escribe al respecto: «Los toros los ha de ver / aquel que más se desvía / de fiestas, porque tal día / no hay otra cosa que hacer». Las corridas se celebraban en la plaza Mayor, donde cabían cincuenta mil espectadores, a quienes había que sumar los que se apiñaban en los portales. El más apreciado era el de «pañeros», por ser «de sombra». Además, los balcones de las casas de vecinos se alquilaban. Cuando había espectáculo, sus habitantes debían desalojar las viviendas, ya que estaban sujetas a la *servidumbre de espectáculo*. Quiñones de Benavente así nos lo indica: «Gran pensión es esta / de vivir en la plaza un caballero, / pues paga todo el año su dinero, / y el día que ha de ver la fiesta en ella / le echan de casa y quedase sin vella».

Los toreros eran nobles deseosos de mostrar desprecio al peligro. Uno de los más destacados fue, precisamente, el conde de Villamediana. Al salir a la plaza se encontraba con seis alguaciles, obligados a formar bajo la Casa de la Panadería, desde donde los reyes veían el espectáculo. Uno de



Jardín Botánico situado hoy en el lugar por donde los madrileños daban paseos

El día en que había teatro, los madrileños pasaban gran parte del mismo entretenidos con la representación o sus preliminares. Y es que, aunque las obras comenzaban a las dos de la tarde en invierno y a las cuatro en verano, las puertas de los corrales abrían a las doce. Y desde esa hora, los asistentes ocupaban su puesto, dispuestos a pasar un día de teatro.

Las obras de teatro se representaban, generalmente, en los corrales de comedias. Famosos eran el de la Cruz y el del Príncipe, conocido también como corral de la Pacheca, ya que su dueña se llamaba Isabel Pacheco. Hoy, en ese lugar, se alza el Teatro Español. El público más temido por escritores y actores eran los *mosqueteros*, llamados así porque silbaban de forma similar a los sonidos que emitían los mosquetes. Lope afirmaba: «Donde no hay mosqueteros, no hay Senado». Y Ruiz de Alarcón: «Representante afamado / he visto, por solo errar / una sílaba quedar / a silbos mosqueteado». Solía asistir tanta gente, que, dentro de los corrales, había un *apretador*, que ahuecaba a los espectadores, para que cupiesen más. Incluso los frailes asistían de manera asidua al teatro. ¿Cómo no iban a hacerlo si, según el romance anónimo: «En los frailes no hay remedio / de que dejen el teatro. / ¿No ven que están sin clausura / y sin prior aquel rato? / Solo uno se me ofrece, / y es que un toro agarrochado / los espere en la escalera / para impedirles el paso?».

## Y... ¿la lectura?

Pero si, pese a todas estas diversiones, había quien no quedaba satisfecho, aún podía refugiarse en la única librería que abría sus puertas en Madrid. Así lo señala la copla anónima: «En Madrid, ciudad bravía, / que, entre antiguas y modernas, / tiene trescientas tabernas / y una sola librería». Una desproporción tan notoria hizo que incluso Góngora pensase mal a la hora de plantearse en qué lugares se entretenían sus colegas de profesión, afincados en Madrid, y escribió: «Hacen hoy amistad nueva, / más por Baco que por Febo, / don Francisco de Que Bebo / y Félix Lope de Beba».

No creemos que a don Félix y a don Francisco les importase mucho lo que Góngora dijese de ellos. Sobre todo, si habían leído las bondades que Juan Ruiz de Alarcón atribuía a la bebida. He aquí sus versos: «Quien bien come, bebe bien, / quien bien bebe, concededme, / es forzoso que bien duerme; / quien duerme, no peca; y quien / no peca, es caso notorio / que si bautizado está, / a gozar el cielo va / sin tocar el purgatorio. / Esto arguye perfección: / luego, según los efectos, / si los santos son perfectos, / los que beben bien, lo son».

## ¿Y qué hacía, mientras, el rey?

Como hemos visto, las diversiones del pueblo de Madrid en el siglo xvii podían ser de lo más diverso. Así que, si fuésemos extranjeros recién llegados a la ciudad, es muy posible que nos encontrásemos, al llegar, con una romería, con una corrida de toros o con una obra de teatro. Y no percibiríamos que, en realidad, el país estaba en decli-



Estatua de Apolo situada en el paseo del Prado

ve, que el imperio se desmembraba y que piratas ingleses y holandeses hundían nuestros barcos. Ante tal panorama, el propio rey se convirtió en un maestro del disimulo y ahogó la agonía en fiestas. Por su parte, el pueblo, ocioso y, por supuesto, despreocupado, prefirió permanecer ajeno a los problemas. Y para ello eligió distraerse con todas las celebraciones y festejos que le iban saliendo al paso.



Placa situada en la calle Huertas, n.º 18, muestra uno de los enclaves por los que anduvo Cervantes